

El amparo que nunca existió: los civiles en la zona rebelde durante la Guerra Civil española de 1936-1939*

The Refuge that Never Existed: Civilians in the Rebel Zone during the Spanish Civil War of 1936-1939

Joan Serrallonga Urquidi
Universitat Autònoma de Barcelona
joan.serrallonga@uab.cat

Resumen: La población civil siempre vive las guerras como una enorme tragedia. Cuando se trata de una guerra civil aumenta en mucho este terror. En este conflicto se aleja cualquier ayuda de los indefensos civiles, que más pronto o más tarde se refugian donde pueden. El movimiento continuado de desplazados y refugiados en las dos guerras mundiales transformó profundamente Europa. El alcance de esta tragedia se mantendrá durante años. España ya hacía tiempo que había quedado atrás como vieja potencia, pero su clase dirigente nunca asumiría esa pérdida. La perplejidad por el cambio del escenario provocó un incremento de figuras y figurones. Las clases populares se opusieron a valorar el entramado de intereses poco confesables de las clases pudientes. La Guerra Civil española de 1936-1939 puso en evidencia todas estas contradicciones. Los dos bandos actuaron de forma distinta sobre la desabrigada población civil, la verdadera víctima del conflicto. En el bando rebelde, pronto el bando franquista, los ciudadanos desaparecieron de cualquier narración. La asistencia general a los civiles, a los no combatientes, fue desprovista de medios o muy deficitaria. Los recursos y las energías existían, pero se destinaron a mandos y combatientes. Aunque el relato de los posibles vencedores no lo recoge en absoluto, hubo hambre (e incluso hambruna), miseria, enfermedades y muerte. El más que necesario esfuerzo sanitario y asistencial no funcionó nada adecuadamente en territorio sublevado. En cambio, en la inmediata posguerra, los miembros de esta estructura sanitaria se integraron en el complejo entramado del régimen franquista. Hubo cargos y prebendas. Se mantuvo el mutismo sobre la realidad de la vida cotidiana de la población durante la guerra. El amparo para los civiles en la zona rebelde nunca existió.

Palabras clave: España, Guerra Civil de 1936-1939, Sanidad y asistencia social, vida cotidiana, régimen franquista.

* Esta aportación al Congreso *Teatros de lo bélico* se deberá situar en un trabajo más extenso que se desarrolla por fases en el proyecto de investigación HAR2015-67173 (MINECO/FEDER, UE).

Abstract: Civil population always live war as an enormous tragedy, and moreover when they are living a civil war. In this type of conflict, assistance is driven away from civilians, who sooner or later seek refuge wherever they can. The continuous movement of displaced and refugees in the two world war deeply transformed Europe. The significance of this tragedy will last for years. Spain was far from his time as a global power, but its leaders never assumed that loss. The perplexity of this change of scenario generated an increase of figures and pretending figures. Popular classes opposed to give value to the scheme of unspeakable interests of the wealthy classes. The Spanish Civil War of 1936-1939 made evident all these contradictions. Both sides acted differently regarding civilians, the true victims of the conflict. In the rebel side, soon the Francoist, citizens disappeared from every narration. General assistance to civilians, to non-combatants, lacked of means or was very loss-making. Resources and energies were there, but were directed to commanders and combatants. Although the victors' narration does not mention it, hunger (and even famine), misery illnesses and death were something common. Sanitary effort didn't work well in rebel territory. However, in the immediate postwar, the members of the sanitary structure were integrated into the complex scheme of the Francoist regime, through positions and privileges. The mutism about everyday life of the Spaniards persisted. The protection for civilians in the rebel side, never existed.

Keywords: Spain, Spanish Civil War of 1936-1939, Health services and social aid, everyday life, Francoist regime.

Para citar este artículo: Joan SERRALLONGA URQUIDI: “El aparato que nunca existió: los civiles en la zona rebelde durante la Guerra Civil española de 1936-1939”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 7, N° 13 (2018), pp. 527-544.

Recibido: 24/03/2018

Aprobado: 08/04/2018

El amparo que nunca existió: los civiles en la zona rebelde durante la Guerra Civil española de 1936-1939

Joan Serrallonga Urquidi
Universitat Autònoma de Barcelona

Las tres décadas del siglo XX, a las que vamos a referirnos aquí como carátula, fueron sin lugar a dudas un período apasionante, pero también una galería de trastornos y de terribles desdichas para las personas. Nadie como el buen soldado Svejik –el ya inmortal personaje creado por el escritor checo Jaroslav Hasek– puede expresarlo mejor. El verbo torturado y satírico usado para el protagonista de esta obra simboliza la tenaz lucha para mantener activa la vida en aquella conflagración.¹ La historiografía habla, con voces encontradas, de la puesta en escena de «la guerra civil europea». En cambio, la polemología, la ciencia de las guerras, sitúa la estrategia sin ni siquiera preguntarse los motivos del colosal conflicto. Las convulsiones provocadas por estas dos guerras, que hemos llamado mundiales, se sucedieron con otras contiendas nada menores dentro de los estados. El peligro, la tragedia no eran una representación lejana, sino que se acercaban cada vez más a la platea donde vivía el confiado ciudadano. Estas guerras civiles, en la más terrible de las acepciones del término, provocaron pronto un drama sin fin sobre la población civil indefensa. La muerte, el asesinato, la reclusión sin ley, el suplicio, la rabia incontinida, la destrucción deliberada, la ruina y la huida desesperada conformarán el teatro de la guerra, no solo en los anchos frentes, sino en la inmediata retaguardia. Una situación duplicada en el interior de los territorios. Frecuentemente, estas escenas de espantoso dolor, evidentes en los distintos países, se escondieron en el torbellino provocado por los conflictos mayores.

Escena primera

Los movimientos de población que se desencadenaron durante y después de la Gran Guerra de 1914 asombraron al mundo. «El alcance global de aquella guerra se deja sentir no solo en la labor desarrollada durante décadas por historiadores de una gran cantidad de países de dentro y de fuera de Europa».² Con gran espanto contemplaron los espectadores como se venía abajo la tramoya del pasado siglo. Era el ocaso de los vetustos Imperios, aquellos que muchos súbditos consideraron eternos. Era la prisa de las potencias emergentes para provocar un cambio de grandes dimensiones. Pero era también la perpetuación de la miseria, del desnivel social que durante

¹ Jaroslav HASEK: *Las aventuras del buen soldado Svejik*. (1921), Madrid, Galaxia Gutenberg, 2008; *El buen soldado Svejik antes de la guerra*, Barcelona, La Fuga ediciones, 2016.

² Francisco MORENTE y Javier RODRIGO (eds.): *Tierras de nadie. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias*, Granada, Comares, 2014, p. VII.

largos años no abandonaría a extensas capas de población. Porque, con el nuevo escenario de guerra, la dolorosa lucha contra el espantoso fenómeno de la pobreza, la enfermedad, la desigualdad quedó ladeada. Resultado de este parón fue que el genocidio diario de la clase subalterna continuó sin ninguna novedad apreciable. Los poderosos imponían su fórmula: la ley de la selva, siempre bajo el convincente paraguas del «progreso».

Los conflictos bélicos comportaron un enorme éxodo, una huida en masa y, casi de inmediato, la difícil recolocación de millones de personas. Porque, evidentemente, buscar refugio era forzoso, vital. Cada Estado e incluso las iglesias miraron a estos refugiados de guerra con un cristal distinto. Cada gobierno los introdujo en su haber de manera desigual, y astutamente los exprimió como mecanismo de afirmación. Para algunos gobernantes insensibles la diáspora simplemente no existió, para otros era cosa de aplicarle la vieja caridad y para muchos fue considerada un simple entreacto. Pero, los desplazados movían las conciencias de la población civil europea. En cuales quiera de estos países los refugiados y desplazados marcaron algunas líneas maestras de su futuro. Y es que si mirásemos el fenómeno desde el punto de vista de los equilibrios, podríamos afirmar sin lugar a dudas que en cada uno de los conflictos bélicos Europa se dividía en pedazos asimétricos contenidamente alejados. Es por eso que en los dos grandes conflictos deberemos matizar con fina ecuanimidad la versión de las potencias vencedoras y vencidas, para así poder situar con mayor énfasis el acceso o no a la toma de decisiones trascendentes. Porque, casi de inmediato, y en todo caso al final de los dos conflictos mundiales, una abigarrada periferia dejará de contar en el escenario que se ha abierto. Incluso personajes o actores antes bien reconocidos quedarán ahora parcial o totalmente fuera de escena. No hay diferencia en ninguno de los conflictos que podamos analizar, ni en ninguna de las posguerras: el libreto siempre es el mismo. Fue evidente en el camino hacia 1914 o 1939 y lo continuó siendo después de 1918 o de 1945.

Escena Segunda

La España de finales del siglo XIX mostraba sin ningún pudor los harapos de su viejo colonialismo.³ Se trataba de unas colonias que aún contaban algo (mas bien poco) en los expeditivos mercados mundiales. Caía el telón al final de una comedia poco o nada aplaudida por la población. Era, sin que nos quepa ninguna duda, la constatación de una decadencia nunca asumida. Nadie quería (ni quiere) hablar de ella. Todos la escondían: la corona, los dirigentes políticos, los poderes públicos, los periódicos ministeriales, la prepotente administración, los nobles linajudos, la servil Iglesia o los arrogantes militares. Era un ocaso de enormes proporciones, se ponía el sol en el imperio. Ante tamaña afrenta, la España eterna se reorientó para poner en escena la nueva Reconquista en suelo marroquí en beneficio del astuto *lobby* africanista. Las escaramuzas en el Norte de África, alguna simplemente inventada o fantaseada, no podrán situar en ningún caso al

³ Rafael SÁNCHEZ MANTERO (ed.): *En torno al "98". España en tránsito del siglo XIX al XX*, Universidad de Huelva, 2000, 2 tomos. Rafael NÚÑEZ FLORENCIO: *El peso del pesimismo. Del 98 al desencanto*, Madrid, Marcial Pons, 2010, p. 55-91.

colonialismo español entre los que entonces pesaban algo en el mundo. Esta herida, para algunos aún hoy no cicatrizada, recolocó a España en una posición rotundamente subalterna. Que las irrupciones de las armas españolas en el teatro africano sean cada vez más sangrientas y hasta vandálicas no modificará un ápice esta percepción, mas bien lo contrario.⁴ Las sonadas derrotas militares ante las tribus del Rif incrementarán la dependencia y dejarán a la arruinada España mirándose en un espejo desenfocado.

En cambio, en este escenario de perplejidad sí que fue visible el daño infringido a los civiles, tanto a los peninsulares como a los africanos. La protesta popular emergió con mucha fuerza ante el impresionante drama que se representaba. Casi ningún escritor conocido de esta época, ningún periódico quedó indiferente ante estos fangos y ante tamaña matanza. Pío Baroja, torturado interiormente por la barbaridad de los actos, registrará esta carnicería con sesuda exactitud y en un lenguaje cortante, seco.⁵ El mismo interés mostraron los políticos del régimen alfonsino, no obstante tener una insuficiente información. Todos colocaron su argumento, aunque fuera poco relevante. Unos lo hicieron para justificar la protesta sin siquiera usar las evidencias, otros simplemente con gran descaro y muchos más para denunciarla con tesón digno de mejor causa. En el campo de la política, solo los republicanos y los anarquistas mantuvieron inalterables sus poderosas razones contra aquél enorme degolladero, como lo habían hecho contra la llamada «contribución de sangre». Los socialistas se unieron muy pronto a la denuncia, que su sobresaliente líder nunca abandonó.⁶

La pretensión española en tierras africanas provocó un intenso cataclismo en las dos colectividades humanas que se veían enfrentadas por los intereses de otros. Este sensible deterioro de la coexistencia será visible en la absurdidad de las medidas emprendidas por los africanistas con el secreto (o no tanto) auxilio regio. No se resignaba el rey a ser un árbitro constitucional, quería visibilidad, pretendía ser el protagonista de la comedia de figurón. Pronto se vio que aquel aparato militar de gasto sin fin, de fanfarria y de demostrada crueldad comenzaba a caminar solo. Marchaba sin el concurso de los poderes constitucionales y sin la más mínima comprensión por parte de la población española. Digamos con claridad que los africanistas eran aborrecidos mayoritariamente por la opinión pública española. A pesar de ello, estos militares, que eran comparsas y bufos en el escenario nacional, se creyeron celebrados actores e intentaron crear (con un notable éxito) su propia compañía de teatro.

Escena Tercera

En el largo período de la dictadura franquista –casi cuatro décadas de desfile–, el conocimiento preciso y razonado de las guerras continuadas, vivas y rompedoras que se desarrollaron en Europa y en el mundo durante los últimos cincuenta años no existió. Ello fue así en la teoría y en

⁴ AGA. África, caja 265, exps. 1-2. Rif 1913-1921. John Arnall (1922).

⁵ Pío BAROJA: *Corresponsalía de guerra y otros textos olvidados*, recopilación, introducción y notas de Miguel Ángel García de Juan, Madrid, Caro Raggio, 2014.

⁶ Joan SERRALLONGA: *Pablo Iglesias. Socialista, obrero y español*, Barcelona, Edhasa, 2006.

la práctica. En España, la neutralidad en la contienda de 1914-1918 parecía haber impuesto un espeso silencio a los historiadores que ahora subsistían de una manera servil en la dictadura de Franco. Los teatros de las guerras se limitaban a unos cartones de decoración del pobre escenario nacional. El único acercamiento autorizado a la realidad de la guerra se debía vehicular a través del fino tamiz del enaltecimiento de los valores patrios. Era la inmarcesible comedia heroica. Los intelectuales orgánicos se ocuparon de articular estos campos de estudio, eso sí, con provecho para los vencedores de la Cruzada bendecida por la Iglesia. Se trataba de aniquilar a los agentes del mal para volver al espíritu religioso católico que representaba la España eterna. La dominación de clase montaba la ficción y se amparaba en estas interpretaciones. Nadie podía alterar aquel relato que, con supina ignorancia y mayor mala fe, contribuía a apuntalar la supervivencia de la dictadura de Franco. Nada fuera del credo oficial, ni análisis profundos, ni superfluos. Nada fuera de las coordenadas marcadas por el «desarrollo altamente espiritual» de la Historia de España y de la civilización española. Ningún intelectual afín al régimen habría osado señalar que la relativamente cercana Gran Guerra de 1914 a 1918 podía analizarse como un episodio superior de la verdadera guerra civil europea. No es necesario decir aquí como el régimen de Franco acomodó a sus propósitos el conflicto mundial surgido en 1939. Cualquier visión, aunque fuera autorizada, se inspeccionada a fondo, cualquier análisis que pretendiera quebrantar «lo sagrado» se precipitaba en la censura. Así, todo escrito estaba emborronado por la ocultación del exterminio practicado con saña por los sublevados desde el mismo 1936.

Durante mi juventud, en la etapa del largo bachillerato y las reválidas, los estudios continuaban marcados por la presencia (o quizá la activa ausencia) de la Guerra Civil española. Una escenografía inconfundible presidía las aulas y, con tacaña tipografía, se estampaba en los manuales. Los programas de los libros de historia se construían siempre en base a la España inmortal, aquella que había desafiado el curso del sol con altivez. Todo el fulgor de las guerras coloniales españolas y la machacona explicación de las guerras contemporáneas en las que había participado España pasaba con verbo contenido por las tristes aulas de secundaria. En este minúsculo tablado, la historia de España se exponía como la de una gran potencia. El *attrezzo* era, como no podía ser de otra forma, alcorconiano. Naturalmente, este paseo obligado por la «no decadencia» era vigilado de forma nada distante por los impuestos profesores de Formación del Espíritu Nacional, aquellos acomodadores que sin ninguna originalidad predicaban que «la plenitud de la nación se halla en el imperio».⁷

La guerra ausente y las guerras presentes, o bien al revés, se alternaban en las explicaciones rutinarias, siempre repetitivas, y en las larguísimas e inútiles cronologías y genealogías. Nada pasaba de los figurones, de la narración de los héroes y los villanos, nada se alejaba de la insistencia en las cobardes afrentas que había sufrido la gloriosa España a manos de sus numerosos enemigos. Las pobres explicaciones dejaban a los alumnos en el desánimo y la turbación, entonando al dictado la canción de la España indestructible. Eran representaciones monumentales, insulsas comedias de capa y espada vacías de realidad. Su única finalidad era encartar unas publicaciones

⁷ Gonzalo TORRENTE BALLESTER: *Aprendiz de hombre*, Madrid, Editorial Doncel, 1960.

que justificasen la guerra «que ellos habían provocado».⁸ Era, por decirlo con discreción, la represora imposición de la paz. Prácticamente nada se aprendía en las clases regladas que no fuera vehiculado por el opresor régimen nacido el 18 de Julio. Esta formación, bastante similar en métodos y en algunos contenidos en las dos «naciones ibéricas», no podía compararse a la que recibían los estudiantes europeos de la época. Hubo que esperar, y mucho, para ver como se construía con tiento una primera explicación de las guerras que sacudieron a las indefensas personas de España y de su entorno geográfico desde finales del siglo XIX.

La distancia y el impuesto realce de las guerras patrias colocaba entre los miembros de mi generación un relato por completo desprovisto de personas corrientes. La gente, para ellos la muchedumbre, no aparecía. Era algo absurdo. No había espectadores fuera de los pocos autorizados, el gallinero permanecía desocupado. Los civiles no formaban parte de la recitación de lo bélico si no era para apuntalar como actores secundarios los logros del seguro bando vencedor de la guerra colonial, de la última pendencia, de la contienda africana o de la siempre mencionada «guerra civil española». El programa general de Historia de España no contaba con las personas sencillas, habían desaparecido. Solo veíamos civiles formando parte del difuso coro de actores que acompañaban a los héroes o al omnipresente caudillo. Y es que, como veremos, el manto que cubrió la zona ocupada por los sublevados en 1936 liquidó o escondió a la gente. Parecía que en esta España no vivían ya civiles, solo militares en constante movimiento, cruzados en estado de gracia y religiosos en permanente misión de convertir a todos a la fe única y verdadera. Este era el auto sacramental que ocurría cada día en el territorio controlado por los rebeldes. Pero volvamos al teatro bélico. La ausencia de personas en el relato, manifestado sin ningún rubor por los sublevados, me ha hecho reflexionar a menudo. Pocas veces se había analizado esta insólita situación y creo con firmeza que ello fue debido al hecho que quienes controlaron la narración guerrera lo ocultaron y encerraron en la espesura de la desinformación con la más artera de las intenciones. Esta es la base de la reflexión sencilla que muy brevemente me propongo exponer en las escenas que siguen.

Escena Cuarta

Una porción bastante considerable del territorio peninsular, de las islas y del Protectorado en tierras africanas quedó en manos de los sublevados al producirse la rebelión militar de julio de 1936. Una buena parte de este espacio ya no será objeto de posteriores combates, sino que quedará bloqueado en poder de los insurgentes y de los poderes tradicionales que pudieron permanecer sobre el terreno. Para buena parte de estos indefensos ciudadanos el armazón se cerraba sin remedio. Porque pronto quedaron atrapados sin posibilidad de salida. Mientras se desplegaba el

⁸ «No se entenderá nada de la situación de la España republicana durante los primeros meses de la guerra si no se tiene presente que para buen número de los agredidos el alzamiento militar era, si no un hecho venturoso, una coyuntura favorable, que podía y debía aprovecharse para cortar los nudos que los procedimientos normales del tiempo de paz no habían logrado desatar, y para resolver radicalmente ciertas cuestiones que la República dejaba en suspenso». Manuel AZAÑA: *Causas de la guerra de España*, Barcelona, Crítica, 1986, p. 81.

frente con gran lentitud, esta población quedó anclada en lo que con poca precisión y menos cordura vendrá a llamarse «zona nacional».⁹

La población civil vio con espanto como eran «liberados» por las tropas rebeldes. Porque, de inmediato, el asesinato cruel e impune, considerado como acto de guerra, lo inundó todo. Mientras aún podían, en las primeras horas que siguieron a la declaración del estado de guerra, cientos, miles de personas civiles abandonaron precipitadamente sus domicilios. Muchos de estos forzados evadidos ya no volverían jamás. Huían del terror caliente, de la violencia sin control alguno. Los caminos se llenaron de fugitivos que cargaban penosamente con los pobres enseres de toda una vida. Pero, los precarios pasos entre los dos bandos en guerra se fueron cerrando, hasta incomunicarse. Los huidos que tuvieron mayor suerte u oportunidad se escondieron, incluso en las alejadas estribaciones montañosas; quizá un poco más tarde podrán escaparse a la desesperada para refugiarse con urgencia en la entonces amplia zona leal a la República. Fue una odisea que se vio recompensada con la vida. Porque de inmediato se dieron cuenta que la población que quedaba atrapada en la zona nacional desaparecía de la escena. Solo desfiles, solo encuadres. No llegaban otras noticias de la “liberación”, las personas corrientes no estaban. Además, los vagos rumores en nada podían tranquilizar a nadie. Cualquier acción correccional de los cruzados rebeldes sobre la población civil en la retaguardia se borró de la crónica pública. Esta ocultación ha continuado imperturbable hasta fechas muy recientes... y en algunos aspectos matizados aún sigue.

Los estudios realizados sobre la Guerra Civil española de 1936-1939 son sin duda innumerales, forman un conjunto gigantesco sin posibilidad de comprensión racional. Este abrumador bulto es, precisamente, el secreto de la desinformación. Añadamos que en estos análisis se han empleado de forma prioritaria y desigual las imágenes de los frentes bélicos, el debate estéril y envenenado sobre el número de muertos, la inmensa legión de prisioneros y penados, la alteración de la estructura pública, la participación y proyección internacional, la construcción del Estado franquista, la singular evolución del territorio leal controlado por la República y un largo etcétera. En las monografías relacionadas con la historia social durante la contienda, el apartado referido a la República, a la zona leal ha tenido un notable desarrollo. De ninguna forma se puede comparar este ingente volumen de análisis de la retaguardia republicana a los cortos ensayos dedicados a la sociedad civil de la zona rebelde. Porque es un hecho que el tema de la población en la zona ocupada quedó a oscuras. Hemos tenido que esperar años a que la esforzada historia local y comarcal aporte informaciones de algún relieve.

En cambio, el conocimiento y progreso de la vida de la población civil en el bando republicano nada tiene que ver con el secano que acabamos de enunciar.¹⁰ En este sentido, en el bien trabado tema del auxilio se han añadido las investigaciones sobre refugiados de guerra y despla-

⁹ Fernando PUELLL y Justo A. HUERTA: *Atlas de la Guerra Civil española. Antecedentes, operaciones y secuelas militares (1931-1945)*, Madrid, Síntesis, 2007.

¹⁰ Joan Serrallonga, Manuel Santirso y Just Casas, *Vivir en guerra. La zona leal a la República*, Barcelona, Bellaterra, 2013.

zados, que creaban un territorio propio a su acelerado paso.¹¹ Todo ello es sin ninguna duda debido al hecho que en la retaguardia del territorio leal se desarrolló una política gubernamental que tenía que ver directamente con la invariable atención a los ciudadanos, con la solidaridad. Una política sanitaria y asistencial que, a pesar de la oscilante situación, no renegaba de las conquistas sociales duramente conseguidas en el primer bienio republicano. Al hablar de sostener una eficaz asistencia social, no quiere decirse que se produzca negligencia en los necesarios recursos destinados al frente de guerra. La población civil en la zona republicana será atendida con todo el cuidado posible hasta que la situación bélica llegue al límite y los medios ya no sean suficientes para aguantarla. Porque, con un formidable número de pruebas documentales a la vista, podemos afirmar que las autoridades republicanas de cualquier área continuaron consiguiendo muchos o pocos bienes de consumo destinados a los civiles hasta el final de la guerra. No tenemos la menor duda que en ocasiones hubo ineptitud y pillería en quienes estaban encargados de distribuirlos, pero no fue un episodio que merezca un comentario más allá de casos separados.

Escena Quinta

En el área ocupada por los militares rebeldes, como hemos dicho, se impuso de inmediato el terror como forma de apuntalar su posición e impedir la contraria. «La acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo que es fuerte y bien organizado», decían las instrucciones del general Mola. Parece haber un acuerdo entre los historiadores militares que la capacidad de los «nacionales» para controlar su cada vez más extensa retaguardia fue uno de los factores concluyentes para la victoria de sus armas. De nuevo, la polemología solo habla de técnica y no sitúa nada más. Creo, en cambio, que durante un prolongado período se persistió en el error de considerar este hecho solo como un mero elemento de la táctica militar, cuando en realidad fue la más cruel de las venganzas. Fue un hecho que se disfrazó en la forma de disciplina. Pero de un rigor por completo incontenido y fanático. El control social así impuesto, desmanteló la legalidad e introdujo adrede una violencia desmedida. ¡Matar a una persona desarmada e indefensa se consideró un acto de guerra! En algunos momentos, los fusilamientos sin juicio o las muertes sin control se volvieron medida común. Ello provocó la indisimulada extensión del crimen, los asesinatos, la crueldad sin límites, el miedo arrollador y... que continuase la huida de la despavorida población.

Hemos de lamentar que durante años el debate historiográfico sobre la represión franquista olvidara empezar a razonar por el principio. Poco o nada decía del tiempo de la guerra en la primera zona ocupada y de aquellos que quedaron atrapados en ella. De hecho, hemos de lamentar que los primeros exámenes de la represión franquista los realizaran los propios testigos de aquella horrible iniquidad. A pesar de ello, nuestra historiografía continuó trabajando al paso. En

¹¹ Joan Serrallonga, «Huida en masa, evacuación y refugio solidario, 1936-1939», en Francisco Morente (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras. República, fascismo y guerra civil*, Madrid, La Catarata, 2011, p. 121-138 y mapa p. 125.

el Primer Encuentro de investigadores del franquismo, celebrado en Barcelona en 1992, solo una comunicación se dedicaba con fundamento a la opresión de los civiles en la España nacional. Quizá por eso, cuando al final de aquella década Jesús María Palomares desenterró la represión franquista en la ciudad de Valladolid resultó algo portentoso, incluso sorprendente.¹² Lo dijo el autor con precisión: «De poco sirvió que en esta provincia castellana desde el principio estuviese en el mapa de la guerra situada en la retaguardia. esta circunstancia no privó a sus habitantes de experimentar, mientras duró la contienda, la mezcla, a partes iguales, de miedo y la esperanza, como ingredientes del vivir cotidiana». Y añadió: «el miedo duró más de lo previsto». Al señalar este tardío relato de la muerte en la ciudad del Pisuerga, 25 años después de la muerte del dictador Franco, debemos celebrar que los análisis continúen subsanando aquel absurdo descuido. En el Congreso Internacional de Historia celebrado en Barcelona y Bellaterra en 2011, editado un año después por Manuel Santirso, ya se dedicó un breve apartado a la «violencia en la retaguardia» (franquista).¹³ Así, aunque quizá algo despacio, se reconducen al análisis histórico las masacres en la retaguardia rebelde. Pero, sigamos.

Al poco tiempo de la ocupación, los pasos de comunicación quedaron cerrados y con escasas posibilidades de movilidad. En esta situación se vio que había tres teatros de guerra, a saber: el del frente, la retaguardia con servicios y un creciente territorio donde solo vivía la población civil. Esta zona desatendida estaba detrás de la primera retaguardia. La variable línea del frente condicionaba el ritmo de la ocupación, que no paraba de modificarse. En la primera y segunda zonas se concentraban los pertrechos, los suministros y los verdaderos servicios para los cuerpos de ejército en campaña. Es cierto que casi todos los efectivos y recursos se vehiculaban al servicio de la guerra, pero también lo es que no se desatendía las necesidades de la retaguardia activa donde se ubicaban el Cuartel General de Franco, los demás mandos y la poderosa estructura administrativa. En esta dilatada segunda línea encontramos la intendencia transportada, que alimentaba y pertrechaba a los combatientes, así como la liada red hospitalaria que debía socorrerlos. A ésta última nos referiremos a continuación.

Pronto, muy pronto, quedó claro que sin el vaciado de todos los efectivos civiles esta trama de intendencia y la vital red sanitaria militar no funcionarían.¹⁴ La planta del Cuerpo de Sanidad Militar no era suficiente, ni tan siquiera añadiéndole los sanitarios que estaban destacados en primera línea. Hubo que buscar entre los médicos, ayudantes, practicantes y personal de enfermería que de ordinario habían atendido a los civiles de la ahora zona ocupada. Porque, contrariamente a lo afirmado por algunos torcidos estudios —que ilógicamente siguen editándose—, la

¹² «La Guerra Civil en Valladolid: notas sobre la represión en la ciudad», fue fruto de un proyecto de investigación financiado por la Junta de Castilla y León, contiene unos listados precisos e impactantes. El estudio fue publicado en 2001 por el Ayuntamiento de Valladolid con el título: *La Guerra Civil en la ciudad de Valladolid: entusiasmo y represión en la "capital del alzamiento"*.

¹³ Manuel SANTIRSO (coord.): *La guerra de España en la guerra civil europea. Relaciones y comunicaciones del Congreso Internacional de Historia celebrado en Barcelona y Bellaterra del 5 al 8 de julio de 2011*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011, p. 125-149.

¹⁴ Joan SERRALLONGA: "The main military medical organisations in the rebel army, 1936-1939", *Revista Universitaria de Historia Militar*, 4:7 (2015), pp. 41-66.

plantilla del Cuerpo de Sanidad Militar anterior a la rebelión quedó o se dirigió en su mayor parte hacia el bando republicano. Lo mismo ocurrió, aunque ciertamente aumentado, con la delicada planta de los farmacéuticos militares. Obtendríamos un resultado casi idéntico si contásemos los pocos efectivos que estaban sujetos al Instituto Nacional de Previsión o los muchos que antaño obedecían a la Dirección General de Sanidad y después al Ministerio de Sanidad durante la República. De este modo, cuando se intentó dotar la Jefatura de los Servicios de Sanidad Militar en octubre de 1936 o la Junta Facultativa en julio de 1937 se vio que los médicos militares no llegaban ni para la dirección de los principales hospitales castrenses. La triangulación sanitaria de cualquier campaña hubiera quedado casi desierta con este exiguo personal en el bando rebelde. Porque la reducida plantilla de médicos, practicantes y farmacéuticos militares que en aquel momento prestaron sus servicios a los sublevados no podía atender ni las necesidades más urgentes.

Cuadro 1. Jefatura de los Servicios de Sanidad y Junta Facultativa de Sanidad Militar en el campo rebelde, 1937-39.

1. Jefatura de los Servicios de Sanidad del Ejército.

Jefe (Inspector General de Sanidad): Coronel Melchor Camón Navarra (10-1936 /1-1941).

Ayudante: comandante José Salarrullana Alabart (12-1937).

Segundo Jefe: coronel Luís Rubio Janini (10-1936).

Personal de la IG de SM: coronel Manuel Meléndez Castañeda (3-1939); coronel Mariano Gómez Ulla (3-1939); teniente coronel Mariano Navarro Moya (12-1937).

Inspección de hospitales: coronel de EM retirado Jesús Ferrer Gimeno (10-1936).

2. Junta Facultativa de Sanidad militar.

Presidentes: 27-7-1937: Miguel Parrilla Bahamonde, coronel.

1-10-1937: Aurelio Belsol Oria, coronel (cesa por enfermedad).

15-9-1938: Adolfo Chamorro Lobo, coronel.

Vocales:

Benjamín Tamayo Antón, teniente coronel retirado, director del Hospital militar de San José de Burgos.

César Antón Arnaiz, teniente coronel, director del Hospital militar de Burgos.

Elías Nages Martínez, comandante, jefe del Laboratorio de análisis del Hospital militar de Burgos.

Francisco Martínez Nevot, comandante retirado, Hospital militar de San José de Burgos.

Ovidio Fernández Rodríguez, comandante, Parque de SM de Burgos.

Alfredo Sainz Royo, veterinario mayor.

Victoriano Nieto Magán [27-1-1938], subinspector veterinario.

Secretario: Tomás López Mata, comandante, Jefatura de Servicios Sanitarios del Sexto Cuerpo de Ejército.

Auxiliar: José Mingo de Benito, teniente, Grupo de SM del Sexto Cuerpo de Ejército.

En el terreno de la administración civil, la Junta de Defensa Nacional de España decretó de inmediato la jerarquización de mando y la preeminencia militar a la hora de tomar cualquier decisión. La precipitada orden no hacía demasiadas distinciones. Este hecho, hasta cierto punto corriente en una sublevación como la emprendida por los militares rebeldes, dejó fuera de juego cualquier autoridad que no siguiese el conducto reglamentario castrense. Al principio de la ocupación, todas las magistraturas civiles quedaron ocupadas y suspendidas. Los integrantes de la autoridad civil sufrieron una depuración –a veces se le llamó exprés– que no tuvo contemplaciones de ningún género. Todas las autoridades asaron por este proceso. Tenemos la convicción, fundada en el estudio, que la corrupción hizo estragos en estas noveles capacidades. Las decisiones corrientes que afectaban a la vida cotidiana de la gente quedaron coartadas por cualquier autoridad militar que en aquel momento se hallase ubicada en tal o cual zona ocupada. Incluso los militares jubilados desempolvaron de inmediato sus espadones para añadirse al llamado «alzamiento». Cualquier «liberador» podía imponer su ley sin traba alguna. La situación llegó a tal extremo que el retén de la Guardia Civil en un pueblo pequeño o mediano podía decidir sobre cuestiones que nunca le hubieran sido encomendadas en otro tiempo y de las que por lo general no tenía ni la más remota idea. Además, estaban convencidos que consultar era un signo de debilidad que no podían permitirse de ningún modo. Así las cosas, un militar retirado cualquiera podía encabezar una administración local con la simple comunicación e incluso sin ella. Un poder que, durante un cierto tiempo, pudo ser prácticamente ilimitado.

Las figuras de la pasada dictadura de Primo de Rivera, los miembros de la fantasmal Unión Patriótica, se apoderaron pronto de buena parte de las administraciones civiles. La vida empezó a ralentizarse para acomodarse al paso de estos nuevos amos, que en demasiadas ocasiones eran los viejos señores o sus adláteres. En el conjunto de la España ocupada, la presencia de algunos falangistas en las primeras comisiones gestoras municipales no varió la forma del control social de siempre. El caso de Galicia, una despensa cerrada e incomunicada, nos puede resultar particularmente interesante. Así lo destacó tempranamente Emilio Grandío y, por poner solo algunos ejemplos, lo han recopilado más recientemente Julio Prada o Lourenzo Fernández Prieto. En toda la España llamada «nacional», el control de la administración era, por decirlo así, una competencia horizontal entre viejos y nuevos amos, de momento en beneficio de los primeros. Sin duda un buen pillaje que no dejaron escapar. Nos hallamos, pues, ante una carrera rastrera para asegurarse la apropiación de los recursos que proporcionaba el poder. La aprehensión del botín bullía en las mentes de aquellos alumbrados dueños. José Ángel Sánchez Asiaín nos ha ilustrado sobre aspectos fundamentales de la financiación de la contienda, pero sin duda debemos añadir a los interrogantes atractivos la visión del beneficio particular, que ocupó la mente de los «cruza-

dos».¹⁵ Es por todo ello, que estamos esperando un estudio serio y amplio sobre el botín de guerra y las fortunas durante la contienda y en la inmediata postguerra, todo a cuento de este robo institucionalizado.

La retaguardia rebelde, aquella que no tenía actividad bélica, ni columna activa del frente, se convirtió pronto en proveedora universal de bienes y servicios. Proveía a los mandos a base de privarse de todo. Era el saqueo, el asalto, que empezó pronto con el amparo de las medidas excepcionales dictadas por la Junta de Defensa Nacional y aumentó de forma descomunal al trasladarse todas las decisiones al Cuartel General del Generalísimo. Sin ninguna contemplación, ni misericordia se vació de las instituciones civiles todo aquello que precisaban los mandos, los propietarios seculares y los combatientes, siempre por este orden. Esta feroz depredación incluía los efectivos asistenciales y sanitarios. En las zonas más conservadoras muchos profesionales sanitarios se habían pasado a las filas del Movimiento en los primeros momentos, incluso con la denuncia de quienes se consideraban tibios. Zamora se ha tomado como ejemplo representativo. Pero ahora, por disposición gubernativa, los médicos civiles fueron asimilados a grados militares, desde alférez a capitán, para cubrir con largueza la asistencia a los heridos del frente y a los mandos de la primera retaguardia. Similar disposición se tomó con los practicantes y el personal de enfermería. Tampoco la Farmacia militar hubiera podido funcionar en campaña sin la incorporación forzosa de boticarios civiles y asistentes cualificados. Añadamos a este cómputo un poco valorado número de médicos que, algunas veces con sus equipos quirúrgicos al completo, se «pasaron» a la zona nacional durante la guerra. No es nada menor el número de sanitarios catalanes y vascos de cierto relieve que emprendieron este camino.

En resumen, bástenos decir aquí que no menos de tres cuartas partes de los médicos que servían en la Sanidad Militar rebelde eran sanitarios civiles asimilados. Los farmacéuticos conformaban otro aspecto de esta asimilación, aún mayor en número. El resultado fue que la población que habitaba en el territorio alejado del frente quedó sin servicios sanitarios y con un escasísimo suministro de medicinas.

Escena última

Ubiquémonos concisamente en la situación social de esta zona ocupada por los rebeldes, un territorio que se ensanchaba de forma lenta pero continuada. Ya hemos dicho antes que, desde el minuto cero, la represión sobre los ciudadanos desarmados se ejerció de una forma expeditiva, brutal. Una venganza que había comenzado con la «liberación» y que continuaba sin límites. La población civil que se había quedado y los prisioneros encerrados en la multitud de campos de

¹⁵ «Casi todo lo que conocemos de la guerra civil se refiere fundamentalmente a su desarrollo político y social, a los avatares militares, o a la ayuda extranjera. En términos generales, sabemos cómo acabó y alguna de las razones económicas que justificaron el resultado final.» *La financiación de la guerra civil española. Una aproximación histórica*, Barcelona, Crítica, 2012 (Cita de la Introducción).

concentración,¹⁶ debían vivir con una alimentación por completo insuficiente, raquítica y unos recursos asistenciales más que reducidos. Por otra parte, estos civiles debían hacer frente a las enfermedades con una red asistencial precaria o nula.

Los amos de las tierras ocultaban los productos para venderlos en el mercado negro. Incluso saqueaban las despensas de otros con la justificación del aguinaldo del soldado. Las enfermedades asociadas a esta miseria inclemente se manifestaron a las pocas semanas del inicio de la guerra civil. Nada había en las boticas que ofreciera remedios eficaces. Y el hecho que los sanitarios oficiales negaran las epidemias sin rigor alguno, no las hacía desaparecer. Nadie ponía remedio a esta catástrofe, porque era un episodio vergonzoso que se ocultaba. El negocio de los medicamentos estaba ahí y continúa esperando un estudio profundo. La realidad era que, en medio de este furor represivo, la falta de cualquier asistencia fue un castigo común que se mantuvo. La disciplina impuesta por los sublevados significó el hambre, la enfermedad y la muerte. Este disciplinamiento sobre una voluminosa población indefensa que no pudo huir y ahora no podía moverse se ejercía con la más cruel violencia. Al contrario de lo estudiado por los lacayos del régimen de Franco, el hambre fue extensa e inmisericorde sobre la población que quedó atrapada en la zona rebelde durante toda la guerra. Las enfermedades asociadas a esta hambre atroz diezmaron a un enorme grupo de personas. Y los remedios, las medicinas o el auxilio sanitario nunca llegaron de una forma real y suficiente a la población necesitada.

Escena supletoria

El aparato de propaganda del Cuartel General del Generalísimo se dedicó sin rubor alguno a difundir el «constante» amparo que las fuerzas rebeldes ofrecieron a la población que quedó en la zona ocupada. Unos civiles que habían desaparecido de la escena, pero que formaban el attrezzo de la transmisión de bondades ofrecidas por los vencedores de la Cruzada. Con posterioridad al teatro de la guerra, esta escenificación, esta contrafigura continuó en el seno de los poderes públicos sin excepción alguna. El régimen de Franco consideró que «la revolución es tarea de una minoría cuyos primeros pasos no entenderá la masa, pero que, al cabo, sustituirá la árida confusión de la vida colectiva con la alegría y la claridad del orden nuevo». Naturalmente la visión así construida, la perspectiva de un «auténtico y vigoroso movimiento social de alcance nacional», circuló por el conducto jerárquico, tanto durante la guerra como después de finalizada.

¹⁶ Javier RODRIGO: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 1-34. La cuestión de la centralidad de la violencia en los relatos sobre la Guerra Civil española y en sus memorias tiene, pues, hondas, sólidas, profundas y antiguas raíces. Íd.: *Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008, p. 25.

Cuadro 2. Capitanes médicos asimilados en la Universidad de postguerra.

<i>Nombre</i>	<i>antes de la guerra Universidad</i>	<i>después de la guerra Universidad</i>
Rafael Alcalá-Santaella Núñez	Valencia (1934)	Valencia (hasta 1948)
Fernando Alsina González	Santiago	Santiago
Guillermo Arce Alonso	Santiago (1934)	Salamanca (1943)
Rafael Argüelles López	Valencia	Valencia
Juan José Barcia Goyanes	Valencia	Valencia
Miguel Carmena Villalta	Cádiz	Valencia
Vicente Carulla Riera	Barcelona	Barcelona
Fernando Cuadrado Cabezón	Salamanca	Salamanca (1944)
Francisco Díez Rodríguez	Salamanca	Salamanca
Fernando Enríquez de Salamanca	Madrid	Madrid
Gumersindo Fontán Maquieira	Santiago	Santiago (1943), Madrid
Gonzalo García Rodríguez	Salamanca (1905)	Salamanca
Primo Garrido Sánchez	Salamanca (1912)	Salamanca (1939)
Salvador Gil Vernet	Salamanca, Barcelona	Barcelona
Carlos Gil y Gil	INC (Madrid)	Madrid
Lorenzo Gironés Navarro	Santiago (1933)	Barcelona (1944)
Enrique Hernández López	Cádiz	Cádiz
Leonardo de la Peña Díaz	Sevilla (1911)	Madrid
Juan José López Ibor	Salamanca	Madrid
Ricardo Lozano Blesa	Zaragoza	Zaragoza
Francisco Marco Merenciano	Valencia	Valencia
Francisco Martín Lagos	Cádiz (1927)	Madrid (1945)
Guillermo Martín Marín	Salamanca	Salamanca
Miguel Moraza Ortega	Salamanca	Salamanca
Ángel Moreu González-Pola	Valencia	Valencia
Arturo Núñez García	Salamanca (1903)	Salamanca
Guillermo Núñez Pérez	Salamanca	Madrid
Eusebio Oliver Pascua	Madrid	Madrid
Vicente Pallarés Irazo	Valladolid	Valencia
José Pérez López-Villamil	Salamanca	Santiago
Serafín Pierna Catalán	Salamanca (1930)	Salamanca
Ambrosio de Prada Garrido	Salamanca	Salamanca
Juan Puig Sureda	Barcelona	Barcelona

Fermín Querol Navas	Salamanca (1935)	Salamanca
Rafael Ramos Fernández	Salamanca (1935)	Barcelona (1940)
Jacinto Reventós Bordoy	Barcelona	Barcelona
Ricardo Royo-Villanova	Valladolid	Madrid
Juan Sánchez Cózar	Granada	Granada
Gabriel Sánchez de la Cuesta	Sevilla	Sevilla
Ángel Sanchiz Roqué	Barcelona	Barcelona
Manuel Taure Gómez	Barcelona (1932)	Barcelona (1939)
Rafael Vara López	Cádiz (1934)	Madrid
Ramón Villarino Ulloa	Salamanca	Salamanca (1944)
Emilio Zapatero Ballesteros	Madrid	Madrid

El personal de la estructura local y provincial del régimen, todos los cargos de las instituciones civiles contribuyeron de forma eficaz a la difusión de este mensaje, de esta burda recitación. Se enterró así cualquier representación de la realidad con una tramoya que aupaba la farsa a base de prebendas, de actitudes discrecionales y de un miedo por completo irrefrenable. El hecho no es nada nuevo. La realidad es simple. El pretendido amparo de los sublevados a los indefensos civiles, nunca existió. Ahora bien, como conocemos muy bien, las secuelas de este drama continuaron vivas.¹⁷ Impasibles e insensibles, permanecieron en escena todos aquellos que habían contribuido a falsear la realidad. y así, estos figurantes mudos pasaban ahora a cobrar su estipendio mientras la obra continuaba representándose. Administradores en general, funcionarios, médicos, practicantes, enfermeras y farmacéuticos obtuvieron su premio de la Dirección General de Sanidad en primera instancia y de los resortes del Estado en una proporción mayor. Fueron, como se esperaba, los diligentes, fieles y puntuales servidores del Estado español. Una parte considerable resultaron unos fervientes esbirros que controlaron la situación con mano de hierro.

Cuadro 3. Nota breve sobre oficiales médicos asimilados en organismos públicos.

Antonio Albi Coll (teniente, 1938)	Alcalde de Barco de Ávila, procurador en Cortes
Manuel Álvarez Buylla (teniente, 1937)	Procurador en Cortes (1967 y 1971)
José Agra Varela (alférez, 1937)	Sanidad Falange. Revista “Ser”.
Vicente de Andrés Bueno (capitán, 1938)	Caja Nacional de Accidentes de Trabajo (1940)
Enrique Álvarez Sainz de Aja (capitán, 1937)	Dirección General de Sanidad
Félix Aparicio Fernández (alférez, 1936)	Gobierno político-militar de Ifni-Sáhara (1946)
Ramón Azaola Ordanza (teniente, 1937)	Instituto Nacional de Previsión
Juan José Barcia Goyanes (capitán, 1937)	Procurador en Cortes (1964, 1967, 1971)
José María Bermejo Correa (alférez, 1937)	Hospital provincial de Zaragoza

¹⁷ Paul PRESTON: *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Madrid, Debate, 2011.

- José Botella Llusía (teniente, 1937)
Pedro Carazo Carnicero (teniente, 1939)
- José Córdoba Rodríguez (capitán, 1937)
Arturo Criado Amunategui (alférez, 1937)
Emilio Díaz-Caneja Canedo (capitán, 1937)
José Eguiagaray Pallarés (capitán, 1937)
- Carlos Elósegui Sarasola (capitán, 1937)
Alfonso de la Fuente Chaos (capitán, 1939)
- José María García Bravo Ferrer (teniente, 1938)
Joaquín García Morán (capitán, 1937)
Saturnino García Vicente (capitán, 1937)
José García-Cossío González (capitán, 1938)
Agustín García-Die Andreu (capitán, 1938)
Lorenzo García-Tornel Carros (capitán, 1937)
- Carlos Gil y Gil (capitán, 1937)
Manuel Gómez Durán (capitán, 1939)
José Gómez Orbaneja (alférez, 1937)
Norberto González de Vega Soto (alférez, 1938)
Cayetano Guerra Alemán (teniente, 1938)
Dámaso Gutiérrez Arrese (capitán, 1938)
Pablo de la Peña Regidor (teniente, 1938)
Francisco López de la Grama (alférez, 1938)
Juan López Miguel (teniente, 1937)
Primitivo de la Quintana López (teniente, 1938)
- Alfonso Martín de Santaolalla (alférez, 1937)
Luis Morales Noriega (capitán, 1939)
Antonio Moreno Monforte (alférez, 1937)
Jacinto Navas González (capitán, 1937)
Guillermo Núñez Prado (capitán, 1937)
(1939).
- Procurador en Cortes (1967 y 1971)
Presidente de la Diputación de Burgos (1965-1977). Procurador en Cortes (1971)
Director del Manicomio Sant Boi de Llobregat
Inspector General de Sanidad Militar (1980)
Director del Hospital Valdecilla, Santander
Alcalde de León, presidente de la Diputación, procurador en Cortes.
Patronato Nacional Antituberculoso
Jefe nacional Obra 18 de Julio. Procurador en Cortes (1943-1971).
Procurador en Cortes (1967)
Director del hospital de la CRE de Oviedo
Consejo General de Colegios Médicos
Instituto Nacional de la Silicosis
Director Hospital del Sagrat Cor, Barcelona
Ayuntamiento de Barcelona (1939-1952).
Vocal del Consejo General Colegios Médicos (1939).
Dirección General de Sanidad. INC.
Hospital militar Gómez Ulla, Madrid.
Beneficencia provincial de Madrid
Servicio antituberculoso del Estado.
Director del Hospital Insular de Las Palmas
Consejo Nacional de Sanidad (1944)
Dirección general de Sanidad
Clínica del Trabajo
Procurador en Cortes (1967 y 1971)
Consejo Nacional de Sanidad. Jefatura provincial de Sanidad de Madrid.
Comisión gestora: Alcalde de Alicante
Director del hospital de San Sebastián
Alcalde de Teruel. INP
Hospital de Córdoba
Consejo General de Colegios Médicos

Emilio Ortiz Fernández (alférez, 1937)	Alcalde de Don Benito (Badajoz), 1953-1960
Higinio Paris Eguilaz (teniente, 1937)	Consejo de Economía Nacional
Salvador Pascual Ríos (capitán, 1937)	Dirección General de Sanidad
Francisco Ponte Ferreiro (capitán, 1937)	Inspección de Emigración
Julio Pozueta Jaén (alférez, 1937)	Diputación Foral de Navarra
Alfredo Prieto Vidal (alférez, 1938)	Director del Hospital Psiquiátrico de San Luís, Palencia.
Jacinto Reventós Bordoy (capitán, 1938)	Hospital militar de Barcelona (1939-1943)
José Rincón de Arellano García (alférez, 1937)	Alcalde de Valencia, Presidente de la Diputación
Fernando Rodríguez-Fornos (capitán, 1937)	Patronato Nacional Antituberculoso
José Ropero Fernández (teniente, 1937)	Diputación Cáceres. Procurador Cortes (1956)
Venancio Sáenz de Tejada (alférez, 1938)	Obra materno-infantil. DGSA
Miguel Sagardía Laurnaga (teniente, 1937)	Diputación de Guipúzcoa. Procurador en Cortes (1952-1958)
Adolfo Sánchez García (teniente, 1938)	Procurador en Cortes (1967 y 1971)
Rafael Tejedor Torcida (teniente, 1938)	Ayuntamiento de Valladolid
Antonio Vallejo de Simón (capitán, 1938) (Madrid)	Instituto de Higiene. Hospital del Rey
Justo Vega Fernández (teniente, 1937)	Alcalde de León (1941-1944)
Eugenio Zubimendi Marcé (teniente, 1938)	Ayuntamiento de Valladolid.

Entre la multitud de civiles que debían haber tenido amparo en la zona ocupada, la sumisión y la represión se mantuvieron durante décadas, incluso a veces con el terrible convencimiento de estar viviendo en la pura irrealidad. Ello tuvo quizá como consecuencia que cuando se produjo el fallecimiento del dictador, el lento desenlace de la obra largamente representada, les pillase a contrapié. Este estado de desamparo de las zonas que se vieron diezmadas desde el mismo momento de la ocupación rebelde provocó la falta inmediata de reacción cuando por fin cayó el telón de foro y se pudo salir de las bambalinas. En determinadas áreas eran demasiados años y se habían llevado por delante a demasiados espectadores. Pienso sinceramente que la actitud frente a la Transición en las zonas que fueron ocupadas en el transcurso de la guerra es bastante disimilar a la que ha habido en las otras áreas. Pero, paremos aquí cualquier especulación de trabajo inacabado. Lealmente creo que esta es una comprobación de todo punto necesaria, que deberemos realizar más pronto que tarde.